

UNA FE VIVA:

Las Creencias de los Nazarenos

Toda organización que permanece a través del tiempo se basa sobre una profunda combinación de propósito, creencia y valores compartidos. Así nos sucede en la Iglesia del Nazareno. Nuestra iglesia se fundó para transformar al mundo diseminando la santidad bíblica. Somos una iglesia de la Gran Comisión y de santidad al mismo tiempo. Nuestra misión es hacer discípulos en todas las naciones, a semejanza de Cristo.

La vida presente y futura de la Iglesia del Nazareno está definida por su participación en la misión de Dios. Es, por tanto, una expresión de la Iglesia de Jesucristo y una organización que se distingue no sólo por sus creencias, sino también por la manera particular en que contribuye al reino de Dios.

En su transición al nuevo milenio es propio que la Iglesia del Nazareno identifique los aspectos distintivos que con gozo abrazamos y celebramos. Con gusto ofrecemos nuestros tesoros más preciosos –nuestra misión, llamado, creencias y más altos valores–, como regalo a las generaciones venideras.

Oramos para que nuestros valores centrales continúen sirviendo como directrices a quienes tienen que abrirse camino entre las luces y las sombras de las décadas que están adelante.

VALORES ESENCIALES

1. Somos un Pueblo Cristiano

Como miembros de la iglesia universal, nos unimos a los verdaderos creyentes en la proclamación del señorío de Jesucristo y en los credos trinitarios históricos de la fe cristiana. Apreciamos nuestra herencia wesleyana de santidad y la consideramos la manera de comprender la fe verdadera de acuerdo con la Escritura, la razón, la tradición y la experiencia.

2. Somos un Pueblo de Santidad

Dios, quien es santo, nos llama a una vida de santidad. Creemos que el Espíritu Santo desea efectuar en nosotros una segunda obra de gracia, conocida con varios términos incluyendo "entera santificación" y "bautismo con el Espíritu Santo" —limpiándonos de todo pecado; renovándonos a la imagen de Dios; dándonos el poder para amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos; y produciendo en nosotros el carácter de Cristo. La santidad en la vida de los creyentes se entiende más claramente como semejanza a Cristo.

3. Somos un Pueblo Misional

Somos un "pueblo enviado" que responde al llamado de Cristo y es capacitado por el Espíritu Santo para ir al mundo, a testificar del señorío de Cristo y participar con Dios en la

edificación de la iglesia y la extensión de su reino (2 Corintios 6:1). Nuestra misión (a) principia en la adoración, (b) ministra al mundo en el evangelismo y la compasión, (c) anima a los creyentes a la madurez cristiana a través del discipulado, y (d) prepara a mujeres y hombres para el servicio cristiano a través de la educación cristiana superior.

ENSAYOS

1. Somos un Pueblo Cristiano

Nos unimos a todos los creyentes en la proclamación del señorío de Jesucristo. Creemos que, en el amor divino, Dios ofrece a todas las personas el perdón de los pecados y la reconciliación. Al ser reconciliados con Dios, somos reconciliados unos con otros, amándonos unos a otros como Dios nos ha amado, perdonándonos unos a otros como hemos sido perdonados por Dios. Creemos que nuestra vida en comunidad muestra el carácter de Cristo. Nos unimos con los cristianos de todas partes para afirmar los credos trinitarios históricos, así como las creencias de la fe cristiana, y profundamente apreciamos nuestra herencia en la tradición wesleyana de santidad. Consideramos la Escritura como la fuente principal de la verdad espiritual confirmada por la razón, la tradición y la experiencia.

Con todo el pueblo de Dios confesamos y alabamos a Jesucristo el Señor.

Jesucristo es el Señor de la iglesia, que, como el Credo de los Apóstoles dice, es una iglesia santa, universal y apostólica. En Jesucristo y a través del Espíritu Santo, Dios el Padre ofrece el perdón de pecados y la reconciliación a todo el mundo. Quienes responden a la oferta de Dios en fe vienen a ser el pueblo de Dios. Habiendo sido perdonados y reconciliados en Cristo, perdonamos y somos reconciliados unos con otros. De esta manera somos la iglesia y el Cuerpo de Cristo y revelamos la unidad de ese Cuerpo. Como el Cuerpo de Cristo tenemos "un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo". Afirmamos la unidad de la iglesia de Cristo y nos esforzamos por todos los medios para preservarla (Efesios 4:5, 3).

Jesucristo es el Señor santo. Por esta razón, la iglesia de Cristo no sólo es una, sino que también es santa. Tiene que ser santa en cada una de sus partes y en su totalidad, santa en sus miembros como en su Cabeza. La iglesia es santa y llamada a ser santa. Es santa porque es el Cuerpo de Cristo, quien llegó a ser para nosotros justicia y santidad. Es llamada a ser santa por Dios, quien nos escogió desde antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha. Como el único Cuerpo de Cristo, nuestra vida en comunidad como iglesia debe encarnar el carácter santo de Cristo, quien se despojó a sí mismo y tomó la forma de siervo. Afirmamos la santidad de la iglesia de Cristo, como un regalo y como un llamado.

Jesucristo es el Señor de la iglesia. Por esta razón, la Iglesia no sólo es una y santa, sino también universal, que incluye a todos los que afirman las creencias esenciales de la fe cristiana. Afirmamos la fe apostólica que ha sido dada a todos los cristianos, en todo lugar y en todo tiempo. Abrazamos el concepto de Juan Wesley del espíritu universal, por el cual establecemos compañerismo con todos aquellos que afirman los valores esenciales de la Escritura, y extendemos nuestra tolerancia a quienes están en desacuerdo con nosotros en asuntos que no son esenciales para la salvación.

Jesucristo es el Señor de las Escrituras. Por esta razón, la iglesia no sólo es una, santa y universal, sino también apostólica. Edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, a sí misma se consagra de continuo a la enseñanza de los apóstoles. La iglesia especialmente considera las Escrituras como la única norma de la Iglesia en asuntos de fe y vida. El señorío de Jesús sobre las Escrituras significa que nosotros las entendemos a través del testimonio del Espíritu Santo, porque ellas testifican de Jesús. Para confirmar y corregir nuestra comprensión de las Escrituras, honramos y ponemos atención a los credos antiguos y a otras voces de la tradición cristiana que fielmente explican las Escrituras. También permitimos que nuestro entendimiento de las Escrituras sea guiado por la voz del Espíritu Santo que nos habla en arrepentimiento, fe y seguridad.

Finalmente, probamos nuestra comprensión de las Escrituras al buscar lo razonable y lo coherente de su testimonio de Jesucristo.

Somos llamados especialmente a testificar de la santidad de la iglesia de Cristo conforme a la tradición wesleyana de la santidad. Afirmamos los principios de la salvación sólo por gracia a través de la fe en Cristo Jesús nuestro Salvador. Al hacerlo así, reafirmamos que la Iglesia de Cristo es una, universal y apostólica. Pero creemos que hemos sido llamados especialmente a proclamar la suma importancia de la santidad ante el mundo y la Iglesia, y a impulsar al pueblo de Dios a vivir en la plenitud del amor santo del Padre. Por esta razón, afirmamos la comprensión wesleyana de la santidad de la fe cristiana y procuramos ser fieles a sus enseñanzas principales: la gracia preveniente de Dios y los medios de gracia, el arrepentimiento, la fe, el nuevo nacimiento, la justificación, el testimonio interno de seguridad, la comunidad cristiana y sus disciplinas, y la perfección del amor.

2. Somos un Pueblo de Santidad

Se nos exhorta en las Escrituras y somos atraídos por gracia para adorar y amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Para este fin nos consagramos plena y completamente a Dios, creyendo que

podemos ser "enteramente santificados", como una segunda crisis en la experiencia espiritual. Creemos que el Espíritu Santo nos convence, limpia, llena y da poder a medida que la gracia de Dios nos transforma día tras día en un pueblo de amor, de disciplina espiritual, pureza ética, rectitud moral, compasión y justicia. La obra del Espíritu Santo nos restaura a la imagen de Dios y produce en nosotros el carácter de Cristo. La santidad en la vida de los creyentes se entiende más claramente como semejanza a Cristo.

Creemos en Dios el Padre, el Creador, que da vida a lo que no existe. En otro tiempo no éramos, pero Dios nos llamó a ser, nos hizo para sí mismo, y nos formó a su propia imagen. Hemos sido comisionados para llevar la imagen de Dios: "Yo soy Jehová vuestro Dios. Vosotros por tanto os santificaréis y seréis santos, porque yo soy santo" (Levítico 11:44).

Nuestro deseo de ser un pueblo santo está enraizado en la santidad de Dios mismo. La santidad de Dios se refiere a su deidad, su absoluta singularidad. No hay nadie como El en majestad y gloria. La respuesta humana apropiada ante la presencia de un ser tan glorioso es adorarlo como Dios. La santidad de Dios se expresa en sus actos redentores de gracia. El encuentro con el Dios que se revela y se da a sí mismo hace posible la adoración, y la adoración viene a ser la primordial manera de conocerle. Adoramos al Dios santo y redentor por amar

lo que El ama.

Nuestra adoración del grande y misericordioso Dios toma varias formas. A menudo es alabanza y oración con la comunidad de fe. Se expresa también en actos de devoción privada, acciones de gracias, adoración y obediencia. Evangelizar, sentir compasión hacia nuestro prójimo, actuar en pro de la justicia y mantener rectitud moral, son actos de adoración ante nuestro Dios de deslumbrante santidad. Incluso los actos ordinarios de la vida se convierten en actos de adoración, y toman un significado sacramental a tal grado que la adoración a un Dios santo llega a ser nuestro estilo de vida.

Jesucristo nos reveló al único y santo Dios y nos dejó un modelo de una vida santa de adoración. Jesús reforzó nuestra comprensión de la santidad a través de su vida, sacrificio y enseñanzas tal como se encuentran en los Evangelios, particularmente en el Sermón del Monte. Como pueblo santo, deseamos ser como Jesús en cada actitud y acción. Por su gracia Dios permite a los creyentes que le adoran con todo su corazón, vivir en semejanza a Cristo. Entendemos que esta es la esencia de la santidad.

Dios nos ha dado también el don y la responsabilidad de escoger. Pero como hemos nacido con la tendencia al pecado, estamos inclinados a escoger nuestro propio camino en vez del de Dios (Isaías 53:6). Habiendo corrompido la creación de Dios con

nuestro pecado, estamos muertos en nuestros delitos y pecados (Efesios 2.19). Para vivir de nuevo espiritualmente, Dios, quien da vida a lo que no existe, debe por su gracia crearnos de una nueva y diferente manera por medio de los actos redentores de su propio Hijo.

Creemos que Dios entró de manera singular a nuestro mundo por medio de la encarnación de su único hijo, Jesús de Nazaret, el histórico Dios-Hombre. Jesús vino a renovar la imagen de Dios en nosotros, permitiendo que nos convirtamos en un pueblo santo. Creemos que la santidad en la vida de los creyentes es el resultado, tanto de una crisis como de un proceso de toda la vida. Luego de la regeneración, el Espíritu de nuestro Señor nos llama, por su gracia, a una entera consagración de nuestras vidas a El. Luego, en un acto divino de entera santificación, también llamado bautismo con el Espíritu Santo, nos limpia del pecado original y nos llena con su santa presencia; nos perfecciona en amor, nos permite vivir con rectitud moral y nos da poder para servir.

El Espíritu de Jesús obra en nosotros para reproducir en nosotros su propio carácter de amor santo. Nos permite vestirnos "del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad" (Efesios 4:24). Ser como Dios, es ser como Jesús. Al restaurarse la imagen divina en nosotros, por medio del acto divino de la entera santificación, reconocemos que aún no hemos

arribado espiritualmente a la meta final, nuestro objetivo de toda la vida es parecernos a Cristo en cada palabra, pensamiento y hecho. Por nuestro continuo rendimiento, obediencia y fe, creemos que somos "transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor" (2 Corintios 3.18). Además, participamos en este proceso al observar una vida de adoración, expresada de muchas maneras, incluyendo la práctica de disciplinas espirituales, el compañerismo y la responsabilidad de participar en una iglesia local. Como un cuerpo de creyentes en una congregación específica, nos esforzamos por ser una comunidad semejante a Cristo, adorando a Dios con todo nuestro corazón y recibiendo sus dones de amor, pureza, poder y compasión.

Como pueblo de santidad no existimos en un vacío histórico y eclesiástico. Nos identificamos con la iglesia primitiva neotestamentaria. Nuestros artículos de fe claramente nos colocan en la tradición del cristianismo clásico. Nos identificamos con la tradición arminiana de la gracia libre (Jesús murió por todos) y la libertad humana –la capacidad que Dios da a todos de escoger la salvación. También recibimos nuestra herencia eclesiástica del avivamiento wesleyano del siglo XVIII y del movimiento de santidad de los siglos XIX y XX.

A través de los siglos el pueblo de santidad ha sentido una "magnífica obsesión" con Jesús. ¡Adoramos a Jesús! ¡Amamos a Jesús! ¡Pensamos en Jesús! ¡Hablamos de Jesús! ¡Vivimos para

Jesús! Esta es la esencia y superabundancia de la santidad para nosotros. Esta es la característica del pueblo de santidad.

3. SOMOS UN PUEBLO MISIONAL

A. Nuestra misión de adoración.

La misión de la iglesia en el mundo comienza en la adoración. A medida que nos reunimos delante de Dios en adoración –cantando, escuchando la lectura pública de la Biblia, dando nuestros diezmos y ofrendas, orando, escuchando la Palabra predicada, bautizando y participando en la Santa Cena–, sabemos más claramente lo que significa ser el pueblo de Dios. Nuestra convicción de que la obra de Dios en el mundo se logra principalmente a través de congregaciones que adoran, nos lleva a entender que nuestra misión incluye recibir nuevos miembros en el compañerismo de la iglesia, y a la organización de nuevas congregaciones que adoren.

La adoración es la expresión más alta de nuestro amor a Dios. Es una adoración centrada en Dios que honra a Aquel que en su gracia y misericordia nos redime. El contexto primario de la adoración es la iglesia local donde el pueblo de Dios se reúne, no en una experiencia centrada en sí misma o para la autoglorificación, sino como entrega y ofrecimiento propio. La adoración es la iglesia en servicio de amor y obediencia a Dios.

Adoración es el primer privilegio y responsabilidad del

pueblo de Dios. Es la reunión de la comunidad del pacto delante de Dios en proclamación y celebración de lo que es El, lo que ha hecho y lo que promete hacer.

La iglesia local en adoración constituye la esencia de nuestra identidad. La Iglesia del Nazareno, esencialmente, se compone de congregaciones locales en adoración y nuestra misión se cumple en ellas y a través de las mismas. La misión de la iglesia encuentra su significado y orientación en la adoración. Por la predicación de la Palabra, la celebración de los sacramentos, la lectura pública de la Escritura, el canto de himnos y estribillos, la adoración comunitaria y la presentación de nuestros diezmos y ofrendas, sabemos con más claridad lo que significa ser el pueblo de Dios. En la adoración comprendemos más claramente lo que significa participar con Dios en la obra de redención.

Nuestra misión de adoración es fundamental para nuestra iglesia. Puesto que la Iglesia del Nazareno básicamente se compone de iglesias locales en adoración, nuestra misión de adoración incluye el compromiso continuo de establecer nuevas congregaciones.

B. Nuestra misión de compasión y evangelismo.

Como pueblo consagrado a Dios, compartimos su amor por los perdidos y su compasión por los pobres y afligidos. El Gran

Mandamiento y la Gran Comisión nos impulsan a enfrentarnos al mundo con evangelismo, compasión y justicia. Para este fin, nos hemos comprometido a presentar la fe a todo ser humano, a cuidar de los necesitados, a oponernos a la injusticia y apoyar al oprimido, a proteger y preservar los recursos de la creación de Dios, e incluir en nuestro compañerismo a todo aquel que invoque el nombre del Señor.

A través de esta misión en el mundo, la iglesia demuestra el amor de Dios. La historia de la Biblia es la historia de Dios reconciliando al mundo consigo mismo, finalmente a través de Cristo Jesús (2 Corintios 5:16-21). La iglesia es enviada al mundo para participar con Dios en este ministerio de amor y reconciliación por medio del evangelismo, la compasión y la justicia.

La Gran Comisión y el Gran Mandamiento son esenciales para comprender nuestra misión. Son dos expresiones de una sola misión, dos dimensiones de un solo mensaje de buenas nuevas. Jesús que nos dirige a amar "al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... a tu prójimo como a ti mismo" (Mateo 22:37,39), también nos dice "id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (Mateo 28:19-20).

La misión de la iglesia en el mundo se extiende a toda la

humanidad, a todos los pueblos, ya que habiendo sido creados a la imagen de Dios, cada mujer y hombre en el mundo tiene un valor esencial. Es nuestra misión amar y valorar a la gente, como son amados y valorados por Dios, quien busca llevarles paz, justicia y salvación del pecado a través de Cristo. Es nuestra misión sentir compasión y cuidar a los que padecen necesidad. Es nuestra misión oponernos a sistemas sociales y políticos que desvaloricen y empobrezcan a las personas.

La misión de la iglesia se extiende a toda persona. Dios nos ha creado como personas completas y es nuestra misión ser ministros del amor de Dios a la persona completa –cuerpo, alma y espíritu. Nuestra misión de evangelismo, compasión y justicia es integral, pues considera a la persona total en sus necesidades físicas, emocionales y espirituales.

La misión de la iglesia en el mundo se extiende a toda la humanidad, porque Jesucristo vino al mundo para salvar a todo aquel que invoque su nombre. Como pueblo de Dios, tenemos el privilegio y la responsabilidad de compartir las buenas nuevas del evangelio con todos aquellos que quieran oír. Ya sea en servicios públicos o por medio del testimonio de persona a persona, *nuestra pasión es aprovechar cada oportunidad para invitar a la gente a creer en Jesucristo.*

La misión de la iglesia en el mundo se extiende a todos los pueblos porque el Espíritu Santo, en el Pentecostés, se derramó

para toda la humanidad (Hechos 2). Es nuestra misión presentar el evangelio de salvación a través de Jesucristo a toda persona en la tierra. Tenemos el poder del Espíritu Santo para ir al mundo y proclamar el reino y participar con Dios en la edificación de su iglesia.

Con un espíritu de esperanza y optimismo abrazamos la misión que Dios nos ha dado en el mundo. Es más que una expresión de interés o esfuerzo humano. Nuestra misión es una respuesta al llamado de Dios. Es nuestra participación con Dios en la misión de reconciliación del reino. Es el fiel testimonio de la iglesia y la expresión del amor de Dios en el mundo –en evangelismo, compasión y justicia. Es nuestra fe en el poder de la gracia de Dios para transformar la vida de los heridos por el pecado y para restaurarla a su propia imagen.

C. Nuestra misión de discipulado

Nos hemos comprometido a ser –e invitamos a otros a convertirse en– discípulos de Jesús. Con esto en mente, nos comprometemos a proveer los medios (escuela dominical, estudios bíblicos, pequeños grupos de mutua responsabilidad, etc.), a través de los cuales se anima a los creyentes a crecer en su comprensión de la fe cristiana y en su relación unos con otros y para con Dios. Entendemos que el discipulado incluye que nos sometamos a obedecer a Dios y a las disciplinas de la fe. Creemos que debemos

ayudarnos unos a otros para practicar la vida de santidad a través del compañerismo cristiano, el sostenimiento y la mutua responsabilidad de amor. Wesley dijo: "Dios nos ha unido los unos con los otros para fortalecer nuestras manos".

El discipulado cristiano es un estilo de vida. Es el proceso de aprender cómo quiere Dios que vivamos en el mundo. A medida que aprendemos a vivir en obediencia a la Palabra de Dios, en sumisión a las disciplinas de la fe, y en mutua responsabilidad unos para con otros, principiamos a entender el verdadero gozo de la vida disciplinada y el significado cristiano de la libertad. El discipulado no es un esfuerzo meramente humano, sometimiento a reglas y reglamentos. Es el medio a través del cual el Espíritu Santo gradualmente nos lleva a la madurez en Cristo. A través del discipulado llegamos a ser un pueblo con carácter cristiano. La meta final del discipulado es ser transformados a la semejanza de Jesucristo (2 Corintios 3:18).

Al estudiar y meditar en las Escrituras los cristianos descubren fuentes de frescura en cada valle de sequedad durante su peregrinación de discipulado. Fortalecidos por el lavamiento de la Palabra, refinados por la inmersión en la Palabra, bebiendo profundamente de las verdades de la Palabra, los discípulos descubren, para su alegre sorpresa, que están siendo transformados "por medio de la renovación de vuestro entendimiento" (Romanos 12:2). El camino cristiano se abre ante

ellos como un camino grande y abierto. Animados por Dios, proceden en el camino de la vida que eclipsa los valores meramente humanos y culturales. Refrescados por la fuente de la Palabra, los discípulos ofrecen sus vidas en un servicio autotrascendente.

Afirmamos el valor vital de las disciplinas clásicas espirituales en la capacitación de mujeres y hombres como discípulos de Cristo. Las disciplinas de la oración y el ayuno, la adoración, el retiro en meditación, el servicio, y la sencillez, son al mismo tiempo expresiones naturales y compromisos intencionales en la vida del creyente.

El discipulado requiere sostenimiento mutuo y responsabilidad afectuosa. Por nosotros mismos, muy pocos podríamos desarrollar las disciplinas espirituales que llevan a la madurez cristiana. Creemos que debemos impulsar el apoyo mutuo provisto a través de medios tales como las clases de escuela dominical, grupos de discipulado, grupos de estudio bíblico, reuniones de oración, grupos de responsabilidad mutua y ejemplo cristiano, como necesarios para nuestra formación y madurez espiritual. El reconocimiento del papel de la mutua responsabilidad de las reuniones de clases en tiempos de Wesley, nos anima a darles su lugar de importancia dentro de la congregación cristiana contemporánea.

D. Nuestra misión en la educación cristiana superior

Estamos comprometidos con la educación cristiana, a través de la cual los hombres y las mujeres son equipados para vidas de servicio cristiano. En nuestros seminarios, colegios bíblicos, colegios y universidades, estamos comprometidos con la búsqueda del conocimiento, el desarrollo del carácter cristiano, y la preparación de líderes para lograr nuestro llamado divino de servir en la iglesia y en el mundo.

La educación cristiana superior ocupa un lugar central en la misión de la Iglesia del Nazareno. En los años iniciales de la Iglesia del Nazareno, se organizaron instituciones de educación cristiana superior con el propósito de preparar a hombres y mujeres de Dios para el liderazgo y servicio cristiano en el avance global del avivamiento wesleyano de santidad. Nuestro compromiso continuo con la educación cristiana superior a través de los años ha producido una red mundial de seminarios, escuelas bíblicas, colegios y universidades.

Nuestra misión de educación cristiana superior se deriva directamente de lo que significa ser el pueblo de Dios. Debemos amar a Dios con todo nuestro "corazón, alma y mente". Por tanto, tenemos que ser buenos mayordomos en el desarrollo de nuestras mentes, nuestros recursos académicos, y en la aplicación de nuestro conocimiento. En esta luz estamos comprometidos a una búsqueda abierta y honesta del conocimiento y la verdad unida con

la integridad de nuestra fe cristiana. La educación cristiana superior es una arena esencial para el desarrollo de la mayordomía de nuestras mentes. Tiene como intención ser una arena caracterizada por la discusión y el descubrimiento de la verdad, y el conocimiento de Dios y toda la creación de Dios.

En la educación cristiana superior la fe no se divide en partes, sino que se integra maravillosamente con el conocimiento a medida que la fe y el aprendizaje se desarrollan juntos. Se cultiva toda la persona, y cada área de pensamiento y vida se entiende en relación con el deseo y el diseño de Dios. El carácter cristiano y la preparación de líderes cristianos para el servicio en la iglesia y el mundo, son forjados en el contexto de aprender de Dios, la humanidad y el mundo. Este compromiso de la educación cristiana superior con la formación de la persona total es crítico en el desarrollo de hombres y mujeres cristianos para el liderazgo misional en la iglesia y en el mundo.

Como pueblo redimido y llamado a la semejanza de Cristo y enviado como agente del amor de Dios en el mundo, participamos con Dios en la tarea de redimir a la humanidad. La educación cristiana superior contribuye, de manera significativa, a que seamos tal pueblo misional –ofreciendo el amplio panorama del conocimiento–, y que es necesario para el servicio efectivo a Dios en nuestras diferentes vocaciones. Nuestra fiel participación en la obra redentora de Dios requiere que

desarrollemos hombres y mujeres de Dios que puedan tomar su lugar como líderes cristianos que sirvan en la iglesia y en el mundo.

El mundo al cual estamos llamados a servir se está haciendo cada vez más unido y profundamente complicado. A medida que la obra redentora de Dios avanza en las generaciones presentes y venideras, nuestro fiel testimonio al señorío de Cristo y la participación efectiva con Dios en la edificación de la iglesia, continuará requiriendo un compromiso vital para la educación cristiana superior.

CONCLUSIÓN

¡La Iglesia del Nazareno nació en los albores del siglo XX! P. F. Bresee y otros líderes estaban profundamente convencidos de que Dios los había unido con el definido propósito de proclamar, a la iglesia y al mundo, el evangelio de Jesucristo en la tradición wesleyana de santidad. Existen señales inconfundibles de la providencia divina en esta denominación. A pesar de que se inició con un pequeño grupo, la Iglesia del Nazareno ahora sobrepasa 1.3 millones de miembros y está ministrando en 119 países.

En los albores del siglo XXI, ¡el futuro de esta denominación jamás ha sido más brillante! Muchos creen que nuestra iglesia fue organizada providencialmente, no para el siglo XX, sino para el siglo XXI. Estamos en una posición tal que

podemos hacer una contribución mayor a nuestro mundo posmodernista. Esta afirmación está basada en nuestra herencia wesleyana de santidad con su optimismo radical de la gracia. Creemos que la naturaleza humana, y finalmente la sociedad, puede ser radical y permanentemente transformada por la gracia de Dios. Confiamos incondicionalmente en este mensaje de esperanza, que fluye del corazón de nuestro Dios santo.

A P. F. Bresee le encantaba decir: "El sol jamás se pone en el alba". Todavía es el alba en la Iglesia del Nazareno, y el sol jamás se pone en nuestra denominación alrededor del mundo. ¡Somos tradicionalmente optimistas cuando se trata de impactar a nuestro mundo del siglo XXI con el mensaje de santidad! Con claridad de visión, compromiso total y fe firme, vemos el siglo venidero como nuestro día de más grande de oportunidad para hacer discípulos a semejanza de Cristo en todas las naciones.